

893 PQ2625

-ES3

P48



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

---

## EL PECADO DE LA GENERALA.

### I

Conocidísimo es entre el ejército francés el nombre del general Branville.

A fines del año 1873, contaba sesenta y ocho navidades, y nadie le hubiera calculado más de cincuenta.

Por sus servicios, su distinción y sus méritos continuaba en el ejército activo.

Manteniase derecho como un poste telegráfico y tan serio como un diputado al día siguiente de su elección.

A pesar de su edad, era tan fuerte é intrépido como un teniente de coraceros.

Era de ver la marcialidad de su paso cuando recorría las calles de Nantes—ciudad donde tenía á su cargo el mando militar—pasándose con frecuencia la mano sobre su espesa cabellera, ya un poco gris, ó bien atusándose el largo bigote, más blanco que sus cabellos, mientras jugueteaba con su bastón.

Por las mañanas, casi durante todo el año, galopaba como un húsar por el camino de

Saint Nazaire, fatigando á la vez á sus magníficos caballos y á sus ayudantes. Trataba á éstos con mezcla de despotismo y de paternal familiaridad.

Félix Augusto, conde de Branville, señor de Chantemerle, de la Carneilla, Palancon y de otros lugares del Limosin y de Normandía, general de División, condecorado con la mayor parte de las grandes cruces de Europa, os hubiera explicado que su conservación física, tan extrañada por sus inferiores y envidiada por sus compañeros de promoción, la mayor parte inválidos, gotosos, asmáticos ó afectados de esas diversas incomodidades propias de la vejez, y á las que no suelen ser ajenos los placeres de la juventud, atribuíalo á que había nacido bajo el influjo de una buena estrella.

Además, habíase encerrado en el celibato como en una fortaleza, precaución cuya excelencia será apreciadísima por los filósofos y los pensadores de estos tiempos.

Los peligros que rodean la vida del soldado esclavo de su deber, la indiferencia hacia estos mismos peligros y la tranquilidad, contribuyeron no poco á su conservación.

Sus tierras le daban una renta de doscientas mil libras, poseía un hotel, rara vez habitado por su propietario, en la calle de Courcelle, y, sin embargo de todo esto, y aunque tuvo bastantes partidos, nunca se atrevió á casarse.

La razón que daba el general de esta resistencia era muy lisonjera para el bello sexo. Decía que amaba demasiado á las mujeres para hacerlas sufrir, pues con un carácter tan

detestable como el suyo—así se juzgaba él mismo—no hubiera dejado de aumentarse por culpa suya el número ya considerable de víctimas y mártires.

El general se calumniaba.

Bajo una apariencia ruda é imperiosa, bajo sus formas bruscas y serias, ocultaba un corazón excelente y una bondad angelical, una de esas bondades que en estos tiempos se suponen tan raras, por los que se complacen en demostrar que los hombres son peores de lo que en efecto son, sin duda para obtener mayor color o relieve en esas novelas donde es moda exagerar las asperezas, las imperfecciones ó los vicios de los tipos que ponen en evidencia, y cuyos modelos, afortunadamente, son muy difíciles de encontrar.

Todo el que llegaba á tratar al general le quería, y sus compañeros de armas le consideraban como un modelo de abnegación y de honor.

Su valor estaba reconocido; no buscaba jamás la notoriedad y el ruido; pero lo había acreditado de tal suerte, que ni uno solo de sus enemigos, caso de que los tuviese, hubiera osado ponerle en duda.

Esta importantísima cualidad del verdadero soldado poseíala el conde en el más alto grado.

Fraternal y afectuoso con sus iguales, algo brusco, pero siempre razonable, con sus inferiores, no permitía que se jugara con la disciplina, y si alguna vez se le había visto inflexible, jamás, en cambio, pudo calificársele de injusto.

El general había nacido en Limosin, región

famosa por sus cabras, por el caolin y por las porcelanas.

Heredó de su padre un vasto dominio, de siete á ocho mil apendices (1), situado en un paraje inhabitable, en Traignac, especie de Siberia implantada en el corazón de Francia, como un peñasco estéril y nevado en medio de una region fértil.

Componíase de inmensos bosques, escuetos y raquiticos, de algunas casas de labranza, con mil penas sostenidas por sus colonos, y de interminables pinares y matorrales, cuyo frío y melancólico aspecto hubieran engendrado el *spleen* en el alma más fuerte y robusta para luchar con las adversidades de este mundo.

En el punto más culminante de esta región tan poco favorecida por la naturaleza, en medio de un bosque de encinas y hayas, cuyos árboles, aunque cuentan más de tres siglos, no pasa su altura de treinta y cinco á cuarenta pies, se levanta un soberbio castillo que ostenta con gallardía sus elegantes torres almenadas, su artística cornisa y sus veletas blasonadas.

Su construcción data del siglo XII y, por una casualidad singular, ha conservado su primitivo carácter de castillo feudal sin haberse introducido en él ninguna modificación. Para conservar esta residencia señorial, verdadero nido de ave de rapiña, han bastado únicamente algunas pizarras cada año para los tejados y cinco ó seis toneladas de arga.

[1] Medida agraria antigua equivalente á 120 ples cuadrados.—N. del T.

masa, pues su solidez primitiva es tanta que por sí sola le ha preservado de los embates del tiempo y de los rudos inviernos por que ha pasado.

En este castillo nació el conde de Branville.

Su padre se habia encerrado en él, á consecuencia de una profunda pena, y su pobre madre, de temperamento muy delicado, que echaba mucho de menos la vida de París, tanto por la aspereza del clima de Traignac, como por lo lúgubre del castillo, murió de nostalgia.

La iglesia de la aldea, con su puntiagudo campanario, presta sombra al cementerio, donde reposa la pobre condesa, rodeada de pastoras, guardadoras de cabras, ó de miserables labradores, que sufrieron menos que ella y duermen su mismo sueño en la única y suprema igualdad, la del sepulcro.

El general conocía muy superficialmente la historia de su madre. Un amante sorprendido y una secuestración perpetua, horrible castigo ideado por el esposo ultrajado.

De ahí la horrible aversión del conde de Branville hacia el dominio de Traignac, por causa del misterioso martirio de su desgraciada madre y de los recuerdos de su infancia.

Rara vez se le veía en el castillo; únicamente cuando su presencia era indispensable, para consultarle alguna reparación importante en las casas de labranza, ó para la adquisición de nuevas tierras.

Entonces iba á Traignac, pero nunca pasaba la noche allí. Parecíale el castillo un fantástico palacio, donde llorosas y ensangrenta-

das aparecían por las noches, las sombras de sus antiguos moradores.

El general sentía por la casa que le vió nacer una mezcla de terror religioso y de superstición.

Huérfano desde muy niño, entró primero en la academia de Saint-Cyr y luego en la de Saumur, de donde salió para ingresar en un regimiento de caballería, que es el cuerpo preferido por todos los jóvenes que poseen algunos bienes de fortuna.

Había tomado parte en todas las campañas.

Se le vió luchar siempre en primera línea en las campañas de Argel, de Crimea, en Italia y por último en la desastrosa guerra franco-prusiana.

En todas partes había guardado fidelidad á su lema: "Si no he salido con éxito, al menos he cumplido con mi deber."

Y si su alma había sufrido mucho por las inconsecuencias de sus amigos y compañeros, su conciencia, en cambio, estaba tranquila. Estaba en paz con ella.

No le gustaba hablar con ligereza de las mujeres, por quienes tenía un culto especial: tratábalas con infinita consideración, que hacía llegar hasta las que no tienen la costumbre del respeto á sus adoradores del momento.

Sin embargo, no se le había conocido ningún amor serio y constante.

Imposible el citar una conquista aristocrática hecha por el general. Su dignidad le alejaba de estas intrigas, donde tantos matrimonios se rompen como las embarcaciones cuando chocan contra un escollo.

Siempre hablase contentado con esas conquistas fáciles que se ofrecen á los millonarios, á la fortuna, á la juventud ó al talento, que no dejan después ni sentimientos ni recuerdos.

Una sola vez se le vió muy enamorado y sin tratar de disimularlo: cuando era coronel de dragones y estaba en Vesul de guarnición.

Era el objeto de su pasión, una alta, esbelta y hermosa joven de veinticinco años, morena como una andaluza y admirablemente formada.

Era célebre en la capital de la alta Saona, por su hermosísima cabellera, negra como el ébano; sus maliciosos y ardientes ojos, su voluptuosa boca y su talle, comparable únicamente con el de la célebre Venus de Milo.

Rosa Pontis no era ninguna dama de elevada alcurnia, pero tenía el dón de atraer, de encantar, de seducir.

La que era objeto de los amores del coronel, había estado varios años en París, donde había adquirido esa elegancia innata de las parisienses, que eclipsaba y obscurecía á las señoras que vestía, porque la favorita del coronel de Branville era modista.

Ya hacía un año que Rosa vivía en Vesul, cuando el conde llegó con su regimiento.

Y, caso raro en una población donde hay militares de guarnición, no se le conocía ningún amante.

Pero desde que el coronel se instaló en un hotel situado á tres números de distancia de la casa de Rosa, todo cambió. Sus frecuentes visitas al taller de la modista fueron inmediatamente notadas, y aquella reputación de vir-

tud cayó por tierra como se derrumba un caserío por la violencia de un terremoto.

Sin vanagloriarse por su conquista y á pesar de su acostumbrada reserva, el coronel no negaba sus amores con la hermosa costurera, cuando, conversando con sus íntimos, éstos le felicitaban por su triunfo.

Sus relaciones con Rosa tuvieron publicidad entre los habitantes de Vesul, por causa de un incidente que dió no poco que hablar y mucho que reír.

Una mañana, al amanecer, no se sabe por qué, tal vez las consecuencias de una broma, la garita y el soldado, de plantón á la puerta del hotel del coronel, se encontraron trasladados á la puerta de la casa de Rosa. Al salir el conde y ver al soldado, un bretón que acababa de llegar al regimiento, que le presentaba las armas con gran solemnidad, se extrañó muchísimo.

Examinó la fisonomía del dragón, le invitó con dulzura á que volviese á su puesto de costumbre, y le entregó veinte francos. Ya en su casa, llamó al oficial de guardia y, después de un buen sermón, le intimó para que en lo sucesivo fuera más vigilante.

A partir de este día, Rosa desapareció de Vesul y dejó de confeccionar vestidos para sus parroquianas. Ella tampoco los necesitó mucho tiempo, porque murió en una casa de campo al dar á luz un niño, del cual se encargó misteriosamente el conde de Branville, después de asegurar el porvenir de la anciana madre de la pobre Rosa. Esta historia de amores estaba completamente olvidada en el año 1873. Los que de ella habían sido testigos, ó se ha-

bían muerto ó se habían dispersado, y única-mente dos ó tres íntimos amigos del conde se acordaban de aquellos desgraciados amores.

El hijo de Rosa fué inserto en la alcaldía de una aldea próxima á Vesul, con el nombre de Roberto Pontis.

Tenia á la sazón veintiocho años, y era un gallardo oficial de caballería.

En la campaña de Metz, siendo aún muy joven, se distinguió por su arrojo y bravura.

Unidas estas hermosas páginas de su historia de soldado á una viva inteligencia natural y á una gran perseverancia en el trabajo, alcanzó muy pronto el grado de capitán de estado mayor, siendo uno de los que mejores notas tenían en el ministerio.

Desempeñaba además el honroso cargo de ayudante del general Branville.

Respetuoso y lleno de afecto para el conde, que se había encargado de su porvenir, por amistad hacia uno de sus amigos muerto hacía muchos años, según él mismo se lo había referido, encontraba siempre en él un protector desinteresado y un consejero fiel. Ignoraba los estrechos vínculos de parentesco que con el general le ligaban, y sentía por su protector un cariño sin límites y un profundo agradecimiento por las atenciones y liberalidades de que había sido objeto, ya vigilándole en su juventud, ora alentándole y proporcionándole los medios necesarios para llegar al puesto que ocupaba.

Roberto era vivo retrato de su madre, de la cual había heredado sus grandes ojos negros espirituales y soñadores, su precioso cabello y su hermoso color, pero tenía una exquisita dis-

tinción que faltaba á la hermosa modista: reunía la gracia y la fuerza.

¡Cuántas veces el general, bien de sobremesa ó bien recostado en una butaca cerca de la chimenea de su salón, se extasiaba en una de esas contemplaciones tan llenas de encantos y de dolor á la vez, en que ve como al través de una nube la imagen de la mujer amada y las horas de carifio que nos ha proporcionado y que no han de volver!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

## II

En la época en que comenzamos nuestra narración, gozaban de grán renombre en Nantes, las fiestas que en su palacio daba un riquísimo banquero llamado Miguel Desgranges.

Su magnífico hotel estaba separado de las oficinas, por un gran patio cubierto de fina arena y adornado con macetas, dispuestas con tal arte, que las noches de recepción convertían aquel anchuroso patio en magnífico vestíbulo.

Desgranges tenía su cuantioso patrimonio en inmensos terrenos situados en las cercanías de Nantes. Su crédito era inmenso, y su reputación gozaba de la consideración de todos.

De todas partes, y principalmente de la hermosa y feraz campiña que se extiende por todo el litoral desde Nantes hasta el mar, le traían inmensos capitales, á los que no otorgaba sino mínimos intereses.

Entre sus convecinos se suponía que la casa Desgranges realizaba cada año importantes ganancias.

No es oro todo lo que reluce.

Un cajero infiel, que desapareció, después de haberle estafado sumas importantes en especulaciones bursátiles, completó su ruina.

Una mañana del mes de Febrero, al día siguiente de un magnífico baile al cual habían asistido el general Branville y su protegido, circuló por la ciudad el rumor de que el banquero se había suicidado, ahorcándose del clavo que pendía del florón colocado en el techo de su cuarto.

Esta noticia se esparció por la provincia con la rapidez del rayo.

Y desgraciadamente era cierta.

El día anterior á un importante vencimiento, el banquero, porque no le había concedido un nuevo crédito su corresponsal de París y desesperado por este detrimento hecho á su honor comercial, se suicidó, evitando por medio de resolución tan fatal, la afrenta que le esperaba al abrir sus oficinas.

Las reclamaciones, hijas de un pánico instantáneo, llegaron de todas partes y se supo con gran extrañeza que el pasivo de la casa Desgranges era superior á diez millones de francos.

Declarada la quiebra, comenzó la dilapidación del activo con ese lujo de formalidades imaginadas para indisponer entre sí á los acreedores y disminuir lo más posible el resto de capital que debe, más ó menos, reembolsarles del capital que se les adeuda.

Cinco meses duró la liquidación de la casa Desgranges.

Los bienes inmuebles fueron vendidos con alguna depreciación, los valores realizados y los acreedores pagados integralmente del capital que se les adeudaba, á más de los intereses del interés devengado por su capital.

Así lo había exigido la señorita Gabriela Desgranges, joven de 21 años, única heredera é hija mayor del infortunado banquero.

Después de saldar todos los débitos de la liquidación y de dictarse una sentencia del tribunal de Comercio rehabilitando la memoria de Miguel Desgranges, quedó á su hija una suma total de diez y ocho mil setecientos francos, el mobiliario completo del magnífico hotel de su padre y el usufructo, durante cuatro meses, del mencionado hotel, que había sido vendido con esta condición á un rico armador.

La caída había sido terrible, pero el honor del nombre de Desgranges estaba salvado.

Este terrible golpe de fortuna, que venía á herirla precisamente en ese momento en que la vida se nos aparece llena de encantos y seducciones, fué soportado por Gabriela con admirable resignación.

Alta, bien formada, modelo de elegancia, Gabriela reunía todas las energías y todas las abnegaciones.

Su belleza era proverbial en Nantes. Las mujeres la llamaban desde muy niña, la hermosa Gabriela.

Unos hermosos, finos y abundantes cabellos castaños rodeaban su frente, cuyos contornos puros y delicados hacían resaltar aquella hermosísima cabeza, únicamente comparable á

la del magnífico cuadro de Andrea de Saste, *Caridad*.

Sus delicados gustos é inclinaciones denunciaban la mujer aristocrática, la hija de familia poderosa desde largo tiempo, y la expresión dulce y melancólica de su rostro, denotaba una gran bondad.

Desde su llegada á Nantes, el general había sido uno de los más asiduos concurrentes á la casa del banquero, y muy á menudo quedaba se extasiado contemplando la hermosa figura de Gabriela, como si le trajese á la memoria el recuerdo de un sér querido.

Autorizado por su edad, trataba á Gabriela como á una niña.

Obsequiábala frecuentemente con regalos que tenfan fácil explicación, dada su cuantiosa fortuna.

La hija del banquero había sido muy solicitada, y hubiéralo sido después de la muerte de su padre, si en un país donde la mujer esta obligada á comprar al marido, hubiera conservado los bienes de su madre, la señora Desgranges, oriunda de la antigua familia de Vauxcelles de la Vendée, y que había llevado al matrimonio una dote de dos millones de francos, garantizados por las tierras del banquero, libres de toda hipoteca.

De este modo la fortuna de Gabriela estaba asegurada; pero su pundonorosa conciencia, limpia, cual el armiño, de toda mancha, le aconsejaba que obraba bien pagando á los acreedores de su padre, sin preocuparse del porvenir, y consintió en este enorme é irreparable sacrificio por conservar intacto el honor del apellido que llevaba.

Entre los jóvenes que mas distinguía de los que asistían durante el invierno á sus bailes y reuniones, figuraba en primera linea el gallardo y apuesto ayudante del general.

El capitán y Gabriela era una de esas alegres parejas, llenas de encanto y de alegría, que causan sensación en todas partes donde se presentan.

Seguramente, si se hubiesen paseado del brazo por la larga fila de boulevares que va desde la Bastilla á la Magdalena, más de un artista se hubiera vuelto á su paso para contemplar la hermosa pareja.

Aquellos dos seres llenos de juventud, talento y pundonor, se sentían atraídos, el uno hacia el otro, por una irresistible corriente de simpatía.

Cuántas veces entre vuelta y vuelta de vals, Roberto había dicho á Gabriela alguna de esas palabras enigmáticas que sólo comprende el corazón y que vagas y armoniosas son como el eco de una música deliciosa, para el alma que se abre á los primeros murmullos del amor.

Crelase comprendido cuando alcanzaba una sonrisa de la joven, ó una lijera presión de la mano que contenía en germen el consentimiento tácito tan deseado y que tanto anhelaba obtener.

El mismo día que ocurrió la catástrofe del banquero, antes de que el rumor de su suicidio se esparciese por la ciudad, Roberto había salido para Rusia, encargado de una misión especial por el ministro de la Guerra.

Cinco meses después, es decir en el mes de julio, aun no había regresado.



Y sin embargo, estaba informado de todo lo que sucedía.

El general, en sus cartas, le había dado noticias exactas de todo lo ocurrido, y su mejor amigo, el barón de Tresmes, teniente de un regimiento de dragones, acuartelado en Nantes, le había tenido al corriente de las diferentes fases que presentó la liquidación de la casa Desgranges.

Cuál no sería su sorpresa cuando una mañana al salir de su casa, Roberto, uno de esos hermosos días de sol, tan raros en Rusia y por lo mismo tan apreciados, le entregó su portero la siguiente carta del teniente:

“Mi querido Roberto.

“Aunque tú no te has confiado á mí, creo que existe en tu corazón un sitio reservado para tus verdaderas afecciones.

“Además, guardas en ese sitio un nombre y un retrato.

“El nombre y el retrato pertenecen á Gabriela Desgranges.

“Tanto mejor si me equivoqué; pero, por desgracia, creo que mis sospechas son ciertas.

“Y digo tanto mejor, por la siguiente razón:

“Media docena de buenos amigos estábamos ayer de sobre mesa en casa del general [que, entre paréntesis, desde tu partida ha caído en una melancolía que está muy fuera de sus costumbres]; habíamos bebido un poco de todo, y cuando llegamos al champagne, el general se levanta, y haciendo como un ligero esfuerso para decidirse, nos dijo:

“—Señores: os invito á que bebáis á la salud de la futura generala.

“Hubo un instante de sorpresa.

“Ninguno sabía una palabra de sus proyectos, y la noticia produjo el mismo efecto que el estallido de un petardo.

“—De modo, mi general—le dije yo,—¿qué iremos á la boda?

“—Lo dicho, queridos amigos—replicó;—yo no me vuelvo atrás. Nantes es una ciudad muy aburrida, y os confieso que desde cinco meses á esta parte me fastidio más que de ordinario. [¡Es decir, desde tu marcha! Sigues sienlo el preferido!] Yo no sé si el matrimonio es una distracción de mérito; pero cuando uno se está ahogando y la tempestad obscurece el cielo, se agarra á un clavo ardiendo, si no ha podido encontrar ántes ningun puerto de salvación. Yo, escojo el que se me ofrece. ¡Lo sentiré, si me engaño!

“—¿Y vuestro puerto, mi general—dijo de Roys, más osado que los demás,—es una mujer bonita?

“—Muy bonita, al ménos para mis ojos.

“—¿Es indiscreto preguntar el nombre de la afortunada que pasa á ser señora de Brenville?

“—¡De ningún modo!

“Dentro de ocho días me caso con la señorita Gabriela Desgranges.

“—¡A la salud de la generala! Gritamos á coro todos los convidados.

“No sé por qué este nombre me sobrecogió. No soy supersticioso, y sin embargo me pareció de mal agüero. En vez de alegrarme por la série de fiestas que en perspectiva veía, una tristeza profunda me embargaba.

“Bajo la aparente frialdad de tus expresiones, cuando me hablabas de esa joven tan be-

lla y bondadosa, me figuraba que envolvías un mundo de exaltados sentimientos; que bajo los abrojos que tú amontonabas á la entrada de su caverna, la serpiente del imperioso y ardiente amor que nos facina y tiraniza, se ocultaba sin conseguir disimularme su presencia.

“Veía relucir sus ojos á través de las asechanzas de tus preguntas.

“Sentía el frío de su ondulosa piel bajo la indiferencia de tus períodos.

“Disimulado y tortuoso te veía llegar al fin de tus deseos.

“Tus cartas derramaban el perfume de los deseos violentos.

“Hace mucho tiempo que conocía el secreto de tus aspiraciones.

“Te juro que no ha habido necesidad de ser adivino.

“Esta es la razón, querido Roberto, por la cual la publicación de este matrimonio, que en otra ocasión me hubiera hecho sonreír, pues la habría acogido como fantasía de millonario sin ilusiones, me hizo pensar, dejándome una dolorosa vibración en la viscera donde se renueva mi sangre.

“Dime sinceramente la verdad, si crees que merezco tu confianza.

“Ahora, un consejo que seguramente no se guirás:

“Si efectivamente amas á la señorita Desgranges, no vengas á la boda.

“El tiempo y las hadas del Norte te consolarán.

“Las orillas del Neva no están desprovistas de caprichosas mujeres, blancas como la nie-

va, vaporosas como las visiones de las baladas escandinavas y dispuestas á hacerte olvidar, con sus encantos, las penetrantes gracias y los ojos de zafiro de una de sus hermanas emigrada en Normandía.

“Cuando sepa el día en que se verifica la ceremonia, te lo avisaré, á no ser que tú me obligues, que será lo mas acertado, á guardar un prudente y absoluto silencio sobre los detalles de la unión de una decrepitud próxima con una fresca y exuberante juventud.

“Un apretón de manos de tu buen amigo

DE TRESMES.

“P. S. Estando escribiendo el sobre, recibo una invitación del general para el lunes próximo. Es un matrimonio al vapor.”

Esta carta causó profunda pena á Roberto. El mismo día el portero le entregó otra carta. Era del general.

“Hijo mio:

“Creo de mi deber reparar una injusticia de la fortuna hácia una pobre y encantadora joven. Es posible que haya algun egoismo por mi parte; pero hay tambien un poco de bondad y de conmiseración.

“Después de la catástrofe de M. Desgranges, á quien yo profesaba una verdadera amistad, un sólo camino se habria para su desgraciada hija.

“De un carácter muy digno para decaer y someterse á los sufrimientos que el mundo le reservaba, una sola puerta se abría ante ella, la de un convento.

“Era la muerte prematura de una bellisima y adorable mujer.

“Yo lo he evitado, no sin saber que su consentimiento encierra un sacrificio.

“Desde ahora tendré dos afecciones en vez de una. La tuya y la de Gabriela. Deseo que seas para ella un hermano y un buen amigo y espero accederás á este ruego, por ser yo quien te lo hace.

“Te envío una autorizacion del ministro de la Guerra para tu regreso, concediéndote un mes de licencia.

“Ven lo más pronto que puedas. Tienes seis días de tiempo para preparar el viaje.

“Cuando pases por París haz preparar convenientemente el hotel para cuando llegemos nosotros. Dá las ordenes necesarias á los tapiceros y cuida de que nada falte.

“Te adjunto un cheque de treinta mil francos, por si tienes necesidad de hacer algunas compras, y para el regalo que desees hacer á Gabriela.

“Si esta suma no es suficiente, mi banquero tiene orden de entregarte cuanto necesites.

“Yo no creo, querido Roberto, y dicho sea entre nosotros, que la raza de los de Branville se perpetúe con esta alianza *in extremis*, pero cuénto contigo para que mas tarde me representes dignamente.

“¿No eres tú mi hijo adoptivo?

“Ven pronto á recibir el beso paternal de tu viejo amigo.

“EL GENERAL DE BRANVILLE.”

Quando el capitán terminó la lectura de esta carta, lágrimas de dolor y de despecho brotaron de sus ojos, ya inflamados por la fiebre.

La fuerza de su desgraciado amor la comprendió en aquel momento.

Se estremecía al pensar que Gabriela iba á pertenecer á otro.

La fiebre de los celos le quemaba la sangre.

Quería partir, marchar en seguida á Nantes, para arrojarse á los pies de Gabriela y suplicarla que renunciase, cuando aún era tiempo, á aquel odioso matrimonio.

Estaba persuadido de que sabría pintarla su amor con tal pasión y verdad, que Gabriela, subyugada por la elocuencia de sus palabras, accedería á sus ruegos.

Pero la deferencia que debía al general, la respetuosa gratitud, tan arraigada en su corazón, le impedían esta rivalidad, y estos dos sentimientos tan opuestos, el amor y el honor, sostenían en su atribulado espíritu un encarnizado combate, del cual indudablemente saldría victorioso el último, dado el carácter recto del capitán.

Incierto, temeroso de sí mismo, incapaz de tomar una resolución, no tenía más que un deseo, ver á Gabriela.

Sin reflexionar lo que hacía, é impulsado únicamente por su pasión, escribió á su amigo estas líneas.

“Me has comprendido.

“Guarda el secreto de mi desesperación.

“Hasta muy pronto.”

Tres días después, Roberto estaba en París y encargaba á un tapicero el decorado del cuarto nupcial de la mujer que amaba.

—¿Por qué—pensaba el capitán al entrar en aquellas habitaciones—me obliga el cariño á guardar silencio? ¿Quién me dará el valor necesario para ocultar eternamente mi amor?

## III

Desde la muerte de su padre y durante las incertidumbres de la liquidación de sus negocios, Gabriela había habitado el hotel donde pasó los más hermosos y felices años de su juventud.

Después de los primeros días del luto en que recibió gran número de visitas, una soledad triste, sombría, reinaba en el palacio.

Su desgracia alejó de ella á sus mejores amigas que juzgaban como un rasgo heroico de locura, la renuncia hecha por Gabriela de la importante fortuna de su madre, la cual estaba perfectamente garantizada, puesto que ninguno de los inmuebles que componían la fortuna patrimonial habían sido enagenados ó hipotecados.

La conducta de Gabriela fué muy admirada al principio, pero después, siguiendo una senda de indiferencia sensible, llegó hasta la envidia.

Así es, que no era extraño escuchar en los salones de Nantes, conversaciones como la siguiente, sostenidas por señoritas que en otro tiempo se decían amigas de Gabriela:

—¿Qué pensais de la conducta de la señorita Desgranges?

—¿No os parece que el orgullo entra por mucho en sus acciones?

—¿No ha sido un acto de vanidad por el cual se ha despojado con ostentación de lo que, después de todo, le era indispensable para vivir?

—Pienso como vos. La gloria es muy hermosa, pero no se come con ella; ¿y qué hará ahora?

—Nada sé. Dicen que toca el piano con gran maestría. Podría dedicarse á dar lecciones...

—A franco y medio por lección. ¡Un bonito oficio! Y después de todo, no es una gran cosa. Ejecución de aficionada, muy buena para hacer bailar una noche. No se conquista el título de profesora de música por saber tocar bien una polka.

—Se la buscará una colocación de institutriz; pero es tan orgullosa que no se sabe si aceptará.

—La profesión de institutriz exige sumo cuidado. No se es ni ama ni criada y, además, está llena de peligros. Los primitos, los maridos, los colegiales en vacaciones, todos se esconden en los quicios de las puertas para galantearlas; en fin, queridas, es una profesión insufrible. Y luego que la hermosa Gabriela es un constante peligro para la señora de la casa donde esté.

—Pues tendrá que decidirse por una ú otra

cosa, porque con su reputación de integridad y virtud no se vive, y hay que pensar en algo práctico.

—Tenéis mucha razón.

Ya no les faltaba más por añadir que había robado á los acreedores de su padre y que su desprendimiento era muy natural y justo, y que nadie más que ella debía saldar el déficit creado por sus prodigalidades y excesivo lujo.

¡Pobre Gabriela!

Después de una de estas conversaciones, que sin desplegar los labios había escuchado el general, fué cuando se propuso corregir las culpas de la fortuna y las injusticias de la opinión hacia aquella noble é interesante víctima.

Tal vez la belleza de Gabriela había deslizado al oído del general una suprema y decisiva solicitud. Sin darse cuenta, pensaba que la gratitud de la joven sería para él la mejor recompensa de su acción.

Difícilmente hubiera encontrado perla de mejores aguas que aquella para engastarla en sus millones; el carácter noble de la señorita Desgranges y las crueldades de sus amigas, fueron los primeros móviles de su determinación.

Gabriela soportaba con gran entereza las heridas hechas á su amor propio. Hacía frente á la adversidad con rostro sereno, y comprendía, bajo las perifrasis y precauciones de sus amigas, las maldades y alusiones, que ya ni se cuidaban de entreverar con esas frases triviales que se usan en las visitas de pésame.

La joven continuaba impasible en medio de la tormenta. Se necesitaba acercarse demasiado á la encina para cerciorarse de que estaba anquilada.

Una esperanza la sostenía.

En sus largas horas de soledad y melancolía, recordaba las misteriosas confidencias de Roberto y sus tiernas miradas, que equivalían á una declaración formal. Sus cariñosas palabras resplandecían y Gabriela las leía distintamente en la página, casi blanca, de sus recuerdos.

Roberto fué el único que logró cautivar el corazón de la señorita Desgranges.

Su viva imaginación le recordaba las dulces palabras murmuradas por el capitán al dar una vuelta de vals.

Guardaba constantemente, sobre su corazón, una tarjeta recibida de San Petersburgo, cuando ocurrió la catástrofe de su padre y en cuyo reverso se leía lo siguiente:

*"Sufro con vuestras penas tanto como vos. Confíad en mí."*

De pensamientos elevados y desinteresados, nunca pensó, cuando el mundo veía en ella la heredera única de un padre diez veces millonario, que Roberto era un militar sin fortuna.

Vió en el gallardo oficial al hombre escogido por su corazón, figurándosele con la misma nobleza de carácter y con los mismos desinteresados sentimientos que se juzgaba ella misma.

Los días pasaban y tras los días las semanas.

De vez en cuando, recibía Gabriela alguna

palabra cariñosa, transmitida por el general, pero el ausente no daba señales de vida.

No hubo consuelo para Gabriela. El correo fué mudo y el telégrafo silencioso.

Entonces pensaba que se había equivocado y que las dulces frases que había creído entender entre la *Ola* de Metra ó el *Danubio* de Strauss, eran ilusiones de su imaginación.

Cuando cesaron las visitas, el aislamiento fué mayor.

Gabriela tuvo entonces un gran desfallecimiento moral. La realidad, en su severa forma y brutal desnudez, se le apareció.

Estaba abandonada y reducida á sus propias fuerzas.

Iba á comenzar el combate, y los soldados se habían pasado al bando enemigo.

Un solo amigo fiel quedó de aquella traición universal: el general de Branville.

Casi todas las noches pasaba una hora en compañía de Gabriela, y la preguntaba con interés por lo que había hecho durante el día y acerca de su esperanza y de sus proyectos para el porvenir.

La amistad de este hermoso y honrado corazón le daba fuerzas. En su presencia cobraba nuevo valor, y siempre se esforzaba por ocultarle sus penas, que cada día iban en aumento.

Una noche, sin embargo, no pudo más.

Había recibido la visita de la marquesa de Santa Clara que la había, con gran desden, brindado protección.

Con una sola palabra la marquesa la había excluido de las mujeres que componen el mundo.

La exclusión era completa. La sociedad antes a la cerraba sus puertas.

Su majestad el dinero había triunfado.

Cuando llegó el general no pudo ocultarle su pena y á sus instancias le refirió, que la marquesa con una solemnidad glacial, la había dicho, que comentábase mucho su prolongada estancia en el hotel, que era necesario que tomase una resolución y que no la convenía vivir en medio de un lujo del cual ya debiera haberse despedido.

En efecto, el hotel Desgranges continuaba amueblado como en los días de su mayor esplendor.

Aquel lujoso mobiliario y la insignificante cantidad que había quedado á Gabriela, eran los únicos restos del naufragio, y la marquesa le aconsejó su pronta realización.

El consejo en sí no tenía nada de censurable, pero la buena señora había usado unas maneras tan despegadas y un aire tal de protección, que recordaba al célebre cirujano que con cara de cocodrilo explica á sus discípulos, reunidos alrededor de la cama del paciente, lo que va á hacer para salvarle, diciendo:

—Vamos á practicar insisiones en los músculos, á aserrar los huesos; en una palabra á curar al enfermo.

La alteración de su rostro denotaba la exaltación de su ánimo, sus ojos brillaban y su seno se agitaba, impulsado por la cólera.

—Y ahora, mi querida niña—la preguntó el general.—¿qué partido pensáis tomar?

—El único que me resta y que me libra de las asechanzas de esas gentes. Dentro de algunos días, cuando haya realizado los escasos

bienes que me quedan, entraré en un convento. Creo que producirán más de cien mil francos; de modo que tengo más del dote exigido para entrar en las Ursulinas ó cualquier otro convento.

Después de esta confesión casi se mostró contenta.

—Tenía miedo, lo confieso—continuó Gabriela.—Me parecía que una vez cortados mis cabellos—y acariciaba con orgullo sus magníficas trenzas,—me hubiera muerto de pena. Es sin duda una tontería, pero el frío de las tijeras me produce la misma sensación que la que sentirá el condenado al caer sobre su cuello la cuchilla de la guillotina. Es una operación ridícula y me fastidia ponerme fea. Pero, ¡qué le hemos de hacer! el mundo no me quiere ya y no hay más remedio que conformarse.

El general se levantó, y acercándose á Gabriela, la dijo:

—Hija mía, si os ofreciese un medio de vivir y de volver todos sus desdenes á esas amigas que ayer os envidiaban, que hoy se alegran de vuestra desgracia y se complacen en haceros sufrir, ¿qué me contestaríais?

Un temblor nervioso recorrió todo el cuerpo de Gabriela.

Había adivinado, aunque vagamente, cuál era ese medio.

Sus hermosos ojos, inquietos como los de una corza perseguida por los cazadores, los fijó en los del general, cuyo rostro bondadoso y plácido no se inmutó.

Vió la agitación de Gabriela y procuró calmarla.

—Ya sé—continuó,—que voy á pedir os un sacrificio mayor que el que os impone el convento, pero será menos duradero, y si accedéis, no creo que dure más de ocho ó diez años, dentro de los cuales seréis todavía muy jóvenes y podréis disfrutar entonces de una existencia, de la cual yo no os habré tomado más que una parte, la más hermosa, es verdad, pero en cambio procuraré aligeraros vuestra pena, no siendo exigente. ¿Me habéis comprendido?

—Sí, señor—contestó Gabriela, cuya agitación contrastaba con la calma del general.

La joven inclinó su hermosa cabeza sobre el pecho y se cubrió el rostro con las manos.

Amargas lágrimas se desprendían de sus ojos y filtrándose entre sus dedos, caían cual lluvia de perlas, sobre su vestido.

Aquello no era el bello ideal que había soñado, pero el tono paternal del conde la impresionaba.

—¿Qué decidís, Gabriela?—preguntó el señor de Branville.—Si vaciláis, si queréis reflexionar, hacedlo. No os quiero poseer por sorpresa, sino por vuestra voluntad. Si aceptáis la mano leal que os tiendo, recordad que quiero ser para vos un padre á la vez que un marido. Un padre indulgente y cariñoso y un marido solícito y lleno de interés por vuestra dicha. De todos modos, cualquiera que sea vuestra resolución, estad tranquila respecto á vuestro porvenir, y os ruego que veáis en mí, querida Gabriela, al mejor y al más fiel de vuestros amigos.

La joven sonrió de la manera que deben ha-

cerlo los ángeles, y cogiendo una mano del conde, le dijo:

—General, ¿queréis aguardar mi contestación hasta mañana? No es mucho, pero deseo reflexionar algunas horas. Mañana os enviaré mi contestación. Ahora mismo os la podría dar; pero estoy tan impresionada por vuestro ofrecimiento, que mi consentimiento no sería libre.

Así, pues, hasta mañana.

Pasada la noche, y después de un combate en que su juventud se sublevaba contra aquella desproporcionada unión, escribió un billete que hizo llevar al general.

El billete contenía estas palabras:

«Señor conde.

«Acepto con reconocimiento.

«Vuestra.

GABRIELA.»

#### IV

Algunos días después se celebró el matrimonio, sin ostentación ninguna á causa del reciente duelo de la señorita Desgranges.

No obstante, la ceremonia religiosa se vió muy concurrida, y á pesar de la propensión que siempre han tenido los nanteses de reirse de los matrimonios en que uno de los consortes triplica la edad al otro, ni uno solo mezcló con sus bromas los comentarios de otro género que se hacían de esta ceremonia.

El general de Branville gozaba del aprecio general y fué muy felicitado por haber tomado bajo su protección á la hermosa huérfana.

La gente joven, y todos los que conocían á Gabriela decían que el general estaba más que recompensado por su acción, pues Gabriela ora, sin duda de ningún género, la criatura más hermosa de la ciudad.

El general, digno, erguido, marcial sin fanfarronería, rodeado de sus amigos leales y de